

## Emoción y cognición. James, más de cien años después

Carlos Rodríguez Sutil  
*Universidad Complutense de Madrid*

*En este artículo se realiza una breve descripción de las principales líneas teóricas que se han elaborado desde comienzos de siglo para explicar la naturaleza de las emociones y el papel que desempeñan en el comportamiento humano. Se advierte que nuestro conocimiento en este asunto no avanza adecuadamente debido a profundos errores de corte epistemológico, como es la predominancia que se concede a la cognición en la explicación de los fenómenos. Las teorías cognitivas se derivan del concepto de intencionalidad propuesto por filósofos como Brentano, Stumpf y Husserl, que no es aplicable a todas las formas de emoción. Finalmente, se proponen algunas alternativas de corte anticartesiano, contra el dualismo mente-cuerpo, inspiradas en las obras de Vygotski y Wittgenstein.*

*Palabras clave: Emoción, cognición, intencionalidad, dualismo mente-cuerpo.*

*In this paper we present a brief exposition of the main theories regarding emotions—their nature and role in human behaviour—which have appeared since the beginning of the century. We suggest that our knowledge of the emotions has progressed little because of deep epistemological mistakes, such as the central role attributed to cognition in the explanation of phenomena. Cognitive theories stem from the concept of intentionality proposed by philosophers such as Brentano, Stumpf and Husserl, which cannot be applied to all expressions of emotion. Finally, we suggest some solutions from an anti-Cartesian perspective, against the dualism of mind and body, inspired by the works of Vygotsky and Wittgenstein.*

*Key words: Emotion, Cognition, Intentionality, Mind-body Dualism.*

La gran variabilidad en las reacciones emocionales de las personas permitiría una aproximación a la estructura de la personalidad, mediante conceptos como *patrón emocional* y estudiando el influjo de las emociones en el pensamiento, la motivación y la acción (Pervin, 1998). Sin embargo, la investigación básica sobre las emociones dista todavía mucho de aportar una base firme donde apoyar dicha aproximación (Watts, 1992). En las siguientes páginas nos ocuparemos, en especial, de las complejas y problemáticas relaciones entre emoción y cognición. Intentamos no sólo dar una cierta panorámica sobre las líneas principales de investigación que se han producido desde comienzos de siglo, sino buscar solución a algunos problemas de tipo conceptual o epistemológico que ya apuntaban Fernández Dols y Ortega (1985) en un, a nuestro entender, magnífico artículo, hace ya más de un decenio.

Averill (1983), en una revisión sobre la ira y la agresión, comenta que alrededor de 1910 las teorías que se utilizaban sobre la emoción eran de tipo biológico, en los años treinta triunfaban las explicaciones conductistas, en los cincuenta los modelos mediacionales y de variables intervinientes, y, a partir de los setenta, el campo ha sido dominado por las teorías de orientación cognitiva. Nosotros vamos a cuestionar ahora algunos de los aspectos centrales de esas últimas teorías. El adjetivo «cognitivo» parece impregnarlo todo, convirtiéndose casi en sinónimo de «psicológico» y dotando a los textos de una apariencia de capacidad explicativa de la que, a menudo, carecen.

Desde la época de Darwin (1873/1994) se viene considerando que emociones y motivación como, en general, todas las funciones psicológicas, desempeñan un papel fundamentalmente adaptativo. Alcanzar las metas que nos proponemos y evitar las situaciones aversivas que nos amenazan son comportamientos de carácter motivacional que provocan en nosotros, o se acompañan, de las respectivas reacciones emocionales.

Según Plutchik (1991) los motivos son activados por estados internos, mientras que las emociones son desencadenadas por estímulos externos. Dicho en otros términos, los motivos proceden de una carencia y las emociones de una presencia. El proceso motivacional, se afirma, es lento y el de las emociones rápido. También se afirma a menudo que las emociones son respuestas condicionadas.

Podemos interpretar, no obstante, que emociones y motivos son dos aspectos del mismo proceso —el comportamiento significativo— observados desde perspectivas temporales diferentes: a corto y a largo plazo. Decir que me siento motivado a realizar tal acción porque el afecto que me produce, o la perspectiva de su resultado, es positivo, se convierte, así, en un razonamiento circular.

Una diferencia más relevante consiste en que la motivación supone una teoría del comportamiento —popular o técnica— aunque sea aplicada al comportamiento de uno mismo, mientras que la emoción, al menos en parte, es algo que el individuo siente. La conducta (emocional) se observa mientras que la motivación se infiere. No sentimos un impulso sino una emoción; el impulso se refiere a una acción mientras que la emoción coincide temporalmente con ella. Si acaso, a la emoción que sentimos (de urgencia), la podemos llamar «impulso». Fuera de eso, pierde sentido decir que la procedencia es interior o exterior. Emoción y motivo vienen tanto de fuera como de dentro: el entorno nos puede motivar a ac-

tuar y las sensaciones internas pueden provocar en nosotros emociones. Entendemos también que la emoción no es causa del comportamiento sino su acompañante, que, en el mejor de los casos, puede servir de pista para descubrir la causa real. Si hablamos de las emociones como causa del comportamiento estamos haciendo teoría del comportamiento y, por tanto, tratando de las motivaciones. Finalmente, atribuir a todas las emociones la cualidad de respuesta condicionada puede llevar a ignorar que en algún momento se ha debido producir la respuesta incondicionada, es decir, la emoción previa al aprendizaje.

Las emociones abarcan una serie de componentes: pensamientos, valoraciones, experiencia afectiva, activación fisiológica y aspectos comportamentales. Como señala Klaus Scherer (1993), muchos teóricos se adhieren a la *tríada de reacción*: (1) activación fisiológica, (2) conducta expresiva, y (3) sensación subjetiva. Algunos añaden una tendencia motivacional a la acción y de procesamiento cognitivo. Sin embargo, no existe ningún acuerdo sobre cómo se organizan estos componentes, cuándo comienza y termina una emoción y cuántas emociones hay que distinguir. También podemos describir las emociones a partir de los tres niveles de respuesta clásicos: (1) lenguaje (cognición), (2) fisiológico, y (3) motórico. Aunque cuando se evalúa una misma emoción en esos tres niveles, la correlación que se suele hallar es escasa (Lang, 1995).

## La teoría de James-Lange sobre las emociones

El famoso psicólogo y filósofo pragmatista norteamericano William James, hermano del no menos famoso escritor Henry James, escribía en su artículo original de 1884:

Nuestra manera de pensar sobre estas emociones estándar es que la percepción mental de algún hecho provoca la disposición mental llamada emoción y que este estado mental da lugar a la expresión corporal. Mi tesis, por el contrario, es que *los cambios corporales siguen directamente a la percepción del hecho desencadenante y que nuestra sensación de esos cambios según se van produciendo es la emoción* (p.59).

Según la formulación sintética del propio James «no lloramos porque estamos tristes, sino que estamos tristes porque lloramos». Los cambios corporales son el fundamento de la emoción:

Si los estados corporales no siguieran a la percepción, esta última poseería una conformación totalmente cognitiva, pálida, incolora, carente de calor emocional. Entonces podríamos ver el oso y juzgar que lo mejor es correr, recibir la ofensa y considerar que lo correcto es golpear, pero no podríamos *sentirnos* realmente asustados o iracundos (*id.*).

Los cambios viscerales son imprescindibles para la emoción y, por tanto, deben existir patrones específicos para las distintas emociones. El fisiólogo danés Carl G. Lange enunció casi simultáneamente una teoría similar —aunque in-

sistiendo en el papel de los músculos involuntarios— y por eso se conoce como *teoría de James-Lange*.

La famosa crítica a James que poco después enunció Walter Cannon (1927) apunta, en síntesis, a que la producción artificial de los cambios viscerales, característicos de ciertas emociones, no provoca por sí misma los efectos previstos, es decir, no provoca la emoción. Desde Cannon los investigadores de las bases fisiológicas de la emoción se han dividido en defensores del *SNC (modelo central)*, frente a defensores del *SNA (modelo periférico)*. Según estos últimos, el SNC no hace más que «levantar acta» de los cambios fisiológicos.

Fernández Dols y Ortega (1985) reconocen la existencia de un problema epistemológico en la definición de las emociones desde la fisiología. Cuando se investigan cuestiones como la activación, la estimulación cerebral o las localizaciones anatómicas, cada vez se está más lejos de la emoción. Seguramente Skinner (1950) estaba en lo cierto cuando afirmaba que la ayuda que nos presta el fisiologismo es escasa, pues intenta explicar la conducta recurriendo a fenómenos de otro nivel, por lo menos igual de complicados, descritos en términos diferentes (con otros términos operativos). Pero, como veremos después, las bases biológicas del comportamiento pueden ayudar a decidir entre teorías psicológicas rivales.

## El modelo interactivo

Gregorio Marañón (1924) ya había dado apoyo a los modelos centrales mediante un experimento que consistió en inyectar adrenalina a varios grupos de pacientes: sólo experimentan ansiedad aquellos que se encuentran especialmente predisuestos.

En una línea de investigación muy conocida, Schachter y Singer (1962) trabajaron, años después, utilizando una metodología similar. En su estudio se administraba a un grupo de sujetos, voluntarios, un inyección de adrenalina (epinefrina) o un placebo. Dadas las mismas circunstancias cognitivas (de interacción social), el sujeto reacciona emocionalmente sólo si experimenta la activación fisiológica correspondiente. Esto podría considerarse una confirmación (moderada) de las tesis de James, aunque también requiere la valoración central. Schachter (1978) propone después un «jamesonismo corregido»: la emoción procede de un cambio visceral, pero implica un estado de activación simpática que es evaluado cognitivamente y definido como tal o cual emoción. Mandler (1975, 1980), con algunas matizaciones, acepta el mismo enfoque explicativo y advierte que la experiencia emocional, por tanto, requiere el reconocimiento consciente de la activación: *no hay afecto sin evaluación*.

La teoría de Schachter y Singer (1962) permitía conciliar la postura del modelo central y del modelo periférico y tal vez esa es la razón de que tardara muchos años en ser criticada. Los primeros intentos estaban destinados al rechazo editorial (Epstein, 1997). Sin embargo, como advierte Reizenzein (1983), el modelo de Schachter y Singer se apartaba en exceso de la forma habitual en

que se producen las emociones. Parece implicar que existen dos formas de producirse una emoción, la primera pertenece a la vida cotidiana (por ejemplo, ante un objeto amenazante se produce una emoción); la segunda es más «atípica», se produce percibiendo una activación no explicada.

Berkowitz (1978), investigando la agresión, resalta de nuevo la teoría de James-Lange: las reacciones agresivas pueden ser simultáneas o, incluso, preceder a la experiencia consciente. Marshall y Zimbardo (1979) también encuentran resultados contrarios a la teoría interactiva. Tras provocar activación artificial en sus sujetos, comprueban que el contexto social no es determinante a la hora de etiquetar dicha activación y que, en general, la misma fue percibida como un estado negativo, lo que pone en duda la plasticidad de las reacciones viscerales. Según Reizenstein (1983) se ha exagerado el papel de la activación en la emoción.

Una vez derribado el modelo interactivo, la siguiente dicotomía se estableció entre defensores de una interpretación cognitiva frente a los partidarios de entender la emoción como un proceso perceptivo, independiente en principio de la cognición. Sugerimos que este debate es heredero del que mantuvieron James y Cannon, y que rememora la oposición entre modelos centrales y periféricos.

### **La emoción como cognición. El papel de la valoración (*appraisal*)**

Los psicólogos cognitivos siguen una línea teórica semejante a la de Schachter o Mandler en cuanto a la relevancia concedida a la cognición, pero rechazan el papel de la activación indiferenciada. Magda Arnold (1960), la primera autora encuadrable en dicha orientación, explica las emociones como la tendencia sentida hacia algo, valorado intuitivamente como bueno (benéfico), o el alejamiento de algo valorado intuitivamente como malo (dañino). Es importante señalar que tanto los estudios con cuestionarios de personalidad (Costa y McCrae, 1980, 1992 a y b; Thayer, 1989), como los que se ocupan de los fundamentos biológicos (Depue, 1996; Gray, 1987, 1994; Zuckerman, 1991), como los que buscan una estructura jerarquizada de las emociones (Diener y Larsen, 1984; Diener *et al.*, 1985; Larsen y Ketelaar, 1991; Ortony, Clore y Collins, 1988) tienden a descubrir la existencia de dos dimensiones básicas unipolares: positiva y negativa, o placer y displacer. Como advierten Gilboa y Revelle (1994), muchas investigaciones sobre las emociones, en cambio, postulan que placer-displacer es una sola dimensión y la existencia de otra ortogonal, la activación. Ponen como ejemplo los trabajos de Russell (1997), pero se podría añadir, entre otros, a Lang (1995) que acepta la separación de dos sistemas neuronales (apetitivo y aversivo), pero afirma que el análisis factorial a partir de medidas de autoinforme, fisiológicas y conductuales arroja dos factores: la valencia (placer-displacer) y la activación. Consideramos, no obstante, que en esos dos polos estaría el origen de la diferenciación de las emociones y, por tanto, es donde residen las emociones primarias.

El autor probablemente más importante en el estudio y teorización de las emociones en el último decenio es el holandés Nico H. Frijda (1986, 1988, 1993,

1995, 1996). Uno de los aspectos más relevantes de la inmensa obra de Frijda es su formulación de las *leyes de la emoción* (Frijda, 1988). La primera ley, o *Ley del Significado Situacional*, es la principal pues implica su propia definición de lo que es una emoción:

[...] las emociones surgen como respuesta a las estructuras de significado de determinadas situaciones; diferentes emociones surgen en respuesta a diferentes estructuras de significado. [...] Preséntese cualquier suceso con su significado particular: surge un tipo particular de emoción, tal es la ley del significado situacional. Dada una pérdida, surge el duelo; dada una frustración, o una ofensa, surge la ira (p. 56).

Poco después añade que las emociones son *respuestas a sucesos importantes para el individuo*. Básicamente son experiencias subjetivas cuyo núcleo es el placer o el dolor. Y ese núcleo también incluye una evaluación sobre la estructura del significado situacional. Son estados de «estar listo para la acción». Siempre que se produce una emoción hay alguna forma de cambio en ese estar listo para la acción. Son *tendencias a la acción*, esto es, tendencias a establecer, mantener o interrumpir una relación con el entorno (Frijda, 1986, p. 71).

Aparte de la ley del significado situacional, Frijda (1988) enuncia una serie de leyes, de las que vamos a destacar dos. Según la *Ley del Cierre*, las emociones tienden a ser impermeables a los juicios que las relativizan y a controlar el sistema de acción. No ponderan probabilidades, lo que saben es con certeza. Según la *Ley de la Preocupación por las Consecuencias*, la emoción no siempre es absoluta. Todo impulso emocional suscita un impulso secundario que tiende a modificar aquél, a la vista de sus consecuencias.

Existe una contradicción, por principio, entre la Ley de Cierre y la Ley de Preocupación por la Consecuencia. Frijda considera, no obstante, que la ley básica para las emociones es la primera, como mecanismo *modular*, siguiendo el planteamiento de Fodor (1986). Esa afirmación implica que el funcionamiento de las emociones es independiente de otras funciones, sirve para conseguir las metas o intereses del individuo. Esto lleva a postular la existencia de un impulso emocional (*primario*) y un impulso emocional *secundario*, debido a la preocupación por la consecuencia, argumento que guarda semejanza con la segunda tópica freudiana, sobre todo cuando más adelante comenta que los dictados de la razón nos incitan a no ceder a los propios impulsos, porque en caso contrario padeceríamos un sufrimiento mayor.

El proceso de la valoración no es, en cualquier caso, un proceso simple. El contenido valorativo de la experiencia emocional no siempre coincide con los antecedentes cognitivos de la emoción (Frijda, 1993). Emociones muy articuladas, en términos comportamentales y de experiencia —dice Frijda— como la ira o el sentimiento de culpa, son el resultado de un proceso constructivo a lo largo del tiempo. Considera que la teoría de la valoración es válida, en líneas generales, pero no el modelo lineal de la misma. La emoción no es necesariamente el punto final de un proceso cognitivo (1993, p. 360)

Otro autor cognitivo destacado es Lazarus (1984, 1991), para quien la emoción es el resultado de un proceso de evaluación cognitiva (*appraisal*) so-

bre el contexto, sobre los recursos de afrontamiento y sobre los posibles resultados de dichos recursos. Presenta una teoría *relacional-motivacional-cognitiva* de las emociones: tienen que ver con relaciones con el entorno humano que suponen daños (emociones negativas) o beneficios (emociones positivas), son reacciones ante el estado de nuestros objetivos adaptativos cotidianos, y requieren la valoración (*appraisal*) de lo que está pasando en cada momento en el entorno. Según Lazarus, la sorpresa, el dolor y el placer no son emociones sino reflejos innatos, automáticos. Se muestra de acuerdo con Frijda (1986, 1988) en que las emociones suponen una tendencia innata a la acción, por ejemplo, la tendencia del enfado es el ataque, la del temor, la evitación (aunque puede estar transformado en afrontamiento contrafóbico). Cada emoción posee su propia pauta de cambios fisiológicos, que permite la preparación del organismo a la acción subsecuente. Tal vez algunas emociones carecen de esas tendencias —como la felicidad y la tristeza— pero, posiblemente, lo mejor sería considerar las estados de ánimo (*moods*).

Las emociones, en opinión de Lazarus, poseen un origen biológico (innato); las valoraciones son necesarias para poder sobrevivir. Esas variables biológicas deben ser universales y aunque una cultura carezca de una palabra concreta para expresar una emoción, eso no quiere decir que no la experimenten. Lazarus distingue dos tipos de valoraciones: (a) la *valoración primaria* que procede de los intereses que uno tiene en los resultados de un encuentro, y (b) la *valoración secundaria* que tiene que ver con las opciones y perspectivas de afrontamiento.

Esta distinción entre dos tipos de valoración —tanto para Frijda como para Lazarus— debería dar lugar a dos tipos de emociones diferentes. Pero donde, tal vez, se muestra de forma más clara esa distinción es en la *teoría atribucional de las emociones* de Bernard Weiner (1985, 1990). Weiner estudia la forma en que los sujetos realizan inferencias causales sobre los acontecimientos, sobre todo interpersonales y, más en concreto, sobre las intenciones de los demás y de sí mismos. Weiner afirma que existen dos tipos de emociones, unas que dependen de la atribución y otras que no. Tras un acontecimiento se produce una reacción general que puede ser positiva o negativa, dependiendo de que el resultado de ese acontecimiento sea un éxito o un fracaso. Esa emoción general es *primitiva*, procede de una *valoración primaria* y es dependiente del resultado e independiente de la atribución, pues depende de que se haya alcanzado una meta y no de la atribución causal. Primero, por tanto, se valora un resultado y luego se busca una atribución causal, que genera todo el conjunto de las diferentes sensaciones. Por ejemplo, el orgullo se produce porque los resultados del éxito que se atribuye al yo producen una mayor autoestima, que el que se atribuye externamente. La autoestima está, pues, en función del lugar (*locus*) causal. La culpa, en cambio, se produce por la violación de normas éticas junto con sentimientos de *responsabilidad personal*.

Siguiendo esta línea, Oatley y Johnson-Laird (1987) diferencian entre *emociones básicas* y *emociones complejas*, según la elaboración cognitiva que las caracteriza. Las emociones básicas (como la ansiedad, el enfado y la tristeza) producen señales «no-proposicionales», que no se refieren a nada. Las emocio-

nes secundarias, en cambio, representan interpretaciones «proposicionales» desde un punto de vista interpersonal. La venganza sería una emoción secundaria a partir de la ira. En un trabajo posterior (Johnson-Laird y Oatley, 1989) analizan 590 términos referidos a las emociones, de los cuales consideran que sólo 75 se refieren a emociones complejas.

### Teorías no cognitivas de la emoción

Tomkins (1962) mantiene que las emociones son, de manera principal, respuestas faciales. La vivencia que tenemos de las emociones procede de la información propioceptiva que recibimos de nuestra expresión facial, por lo que cada emoción se corresponde con una expresión facial. Izard (1977, 1997) parte de los mismos supuestos en su teoría sobre las emociones, pero añade que la emoción se compone de tres elementos: (1) la actividad neuronal del cerebro y del sistema nervioso somático, (2) el músculo estriado, o la expresión facial-postural, junto con el *feed-back* entre el rostro y el cerebro, y (3) la experiencia subjetiva. Según esta teoría, semejante a la de Ekman –también discípulo de Tomkins–, cuando un estímulo se percibe, se produce una actividad, específica de la emoción de que se trate, que desencadena un patrón, relativamente innato, de activación neuronal, que, a su vez, da lugar a la expresión de una conducta motora (facial y corporal). Es la percepción de esta conducta motora la que provoca la sensación subjetiva de la emoción.

Para Paul Ekman (1993, 1994; Ekman, Friesen y Ancoli, 1980; Ekman, Friesen, O'Sullivan y Scherer, 1980; Ekman y Oster, 1979) la mayoría de las emociones están presentes en todos los pueblos. Por ejemplo, suele haber un acuerdo aceptable al juzgar la expresión que aparece en fotografías, cuando se permite a los sujetos de diferentes culturas que utilicen sus propias palabras para calificarlas (Ekman y Friesen, 1971). Si un lenguaje no tiene palabras para algunas emociones eso no quiere decir que no existan en esa cultura: toda emoción estará representada, aunque no por un término aislado.

Las emociones se agrupan en familias, con un parecido mayor o menor. Existen, por ejemplo, diferentes formas de ira: el resentimiento (se siente uno agraviado), la indignación, el sentirse ultrajado (por el maltrato de alguien), la venganza (enfado retaliante contra el daño recibido de otro), la cólera (*bersek*) (respuesta descontrolada). Esta variedad lleva a Ekman (1993, 1994) a la conclusión de que no parece que la emoción vaya a ser explicable a partir de unas pocas dimensiones. Existe una cierta cantidad de *emociones universales*, como son: la ira, el miedo, el asco, la tristeza y la alegría; se podría añadir, con menor seguridad, el desprecio, la sorpresa y el interés. La universalidad de las emociones básicas también ha sido investigada, mediante cuestionarios, por Klaus Scherer y colaboradores (1986, 1997; Scherer, Wallbott y Summerfield, 1988).

Uno de los descubrimientos más interesantes de Ekman (1993, 1994) es que cuando, de forma deliberada, se logra la configuración muscular auténtica para una emoción, también se logran, en muchos casos, los cambios fisiológicos

y la experiencia subjetiva correspondientes. Este fenómeno, según Ekman, no es debido a la realimentación o *feed-back* procedente de los músculos faciales, sino a conexiones directas entre diferentes áreas cerebrales. Este resultado podría considerarse, también, contrario a las teorías cognitivas.

### La emoción como percepción. Teorías anti-cognitivas

La línea de investigación que encarna el Programa de Expresión Facial no es cognitiva, pero tampoco es anticognitiva, aunque algunos de sus resultados podrían interpretarse en esta última dirección. Zajonc (1980, 1994), en cambio, plantea un procesamiento afectivo en paralelo, diferenciado y parcialmente independiente del proceso cognitivo. El afecto no es un fenómeno posterior a la cognición (la valoración o *appraisal*) sino que la experiencia emocional puede tener lugar, como ocurre a menudo, antes de que se produzca ningún procesamiento de información de alto nivel cognitivo. Zajonc apoya su planteamiento en una serie de argumentos tomados de la experiencia cotidiana y de la investigación empírica. Es fácil reconocer la experiencia de haber realizado un juicio emocional que permanece inalterado, a pesar de recibir una serie de informaciones posteriores que son lógicamente convincentes. Por otra parte, tenemos la experiencia cotidiana de ser incapaces de articular nuestros sentimientos, las razones de por qué nos gusta algo o alguien, aunque «sabemos que nos gusta». Finalmente, es frecuente que no seamos capaces de recordar el contenido de un libro o una película y, en cambio, recordamos perfectamente la impresión emocional que nos produjo. Lo mismo pasa si nos referimos a una discusión –por ejemplo, la última discusión que mantuvimos con nuestra pareja–. Desde un enfoque más experimental, un hallazgo repetido ha sido que los sujetos tienden a favorecer los estímulos a los que han sido expuestos previamente, en una serie de ocasiones, frente aquellos a los que no han sido expuestos, incluso aunque no puedan diferenciar unos de otros, es decir, aunque su recuerdo sea «inconsciente» (éste es el fenómeno del *priming*).

La respuesta de Frijda (1986, pp. 331-332) Lazarus (1984, 1991) y Leventhal (1984) es que Zajonc confunde la cognición con el pensamiento racional, deliberado y consciente, y que ignora el hecho de que muchas formas de cognición se producen de forma automática e implícita, es decir, inconsciente. Está igualando dos significados diferentes del término «cognición»: la del procesamiento de estímulos complejos y la de pensamiento consciente. Esta cognición inconsciente explicaría los fenómenos presentados por Zajonc en apoyo de su postura. A lo que Zajonc (1984) ha respondido, a su vez, que ampliar nuestra definición de la cognición, para incluir las cogniciones inconscientes, oscurece importantes distinciones entre cognición, sensación y percepción.

Se ha intentado discriminar entre diferentes teorías sobre la emoción a partir de la evidencia neurológica (LeDoux, 1989, 1993; Scherer, 1993; Parrot y Schulkin, 1993). Las constricciones biológicas pueden ayudar a decidir entre va-

rias alternativas, como puede mostrar el estudio de pacientes con deterioro neurológico. Lazarus puede tener razón en que siempre hay alguna transformación del estímulo en el procesamiento de la información antecedente de la emoción, pero eso no es cognición en el sentido de procesamiento consciente o cortical; pero Zajonc probablemente esté equivocado al sugerir que no es necesaria ninguna transformación, aunque es probable que lleve razón en que el procesamiento de estímulos afectivos no implica necesariamente la cognición, como procesamiento a alto nivel (LeDoux, 1989). Parrot y Schulkin (1993) aducen que las emociones son de naturaleza cognitiva, necesitan valoración de los estímulos. A lo que LeDoux (1993) responde insistiendo en que se pueden diferenciar sistemas cerebrales independientes para una y otra, aunque exista cierta interrelación entre ellos. Scherer (1993), por su parte, opina que la cognición es una parte del proceso, pero no desempeña el papel causal principal. La cognición misma puede verse afectada por cambios en otros subsistemas.

Si los sistemas son interdependientes, como parece apoyar la anatomía y la fisiología, no existen daños neurológicos que afecten sólo a la emoción, sin efectos cognitivos laterales, como así es.

La evidencia apunta a la posibilidad de una especialización hemisférica en el procesamiento de la información emocional (Damasio, 1996). Las investigaciones clínicas de pacientes con lesión cerebral unilateral y de sujetos que reciben una inyección de amobarbital sódico muestran que la intervención o el daño en un hemisferio provoca un patrón asimétrico de respuestas emocionales. El hemisferio derecho a menudo utiliza claves emocionales, gestuales o faciales para marcar los elementos verbales del hemisferio izquierdo respecto a la corrección o incorrección de las respuestas en tareas de reconocimiento de ítems. También parece intervenir con preferencia en el reconocimiento de caras y de expresiones emocionales, así como en tareas visoespaciales; y tener una mayor conexión con los procesos del SNA y, en general, con las funciones corporales. Damasio (1996, p. 128 y ss.) muestra dos sistemas de procesamiento diferentes para emociones primarias y secundarias. Las emociones primarias (ataque, huida) dependen del sistema límbico, principalmente de la amígdala y el cíngulo anterior. Las emociones secundarias requieren el concurso de las cortezas prefrontales y somatosensoriales. Pacientes con lesiones prefrontales pueden conservar las emociones primarias. Se asustan, por ejemplo, si oyen un ruido fuerte. En cambio, los pacientes con lesión en el sistema límbico muestran un gran deterioro en las emociones primarias y secundarias. Damasio, no obstante, mantiene la hipótesis de que la emoción es una respuesta tras un proceso evaluador aunque, como afirma Scherer (1993), ese proceso no tiene que producirse a nivel cortical.

### **Construcción social de las emociones**

Encontramos varios autores que proponen la sociedad o la cultura como factor fundamental, frente a las tendencias innatas, en el desarrollo y comprensión de las emociones. Nos vamos a ocupar sobre todo de James Averill (1983,

1990, 1992), Rom Harré (1986, 1995; Harré y Gillet, 1994) y de Brian Parkinson (1996; Parkinson y Manstead, 1992, 1993).

Averill (1983, 1990) presenta una perspectiva psico-social de las emociones. Las emociones son construcciones sociales que proporcionan roles sociales de forma transitoria. La experiencia subjetiva de las emociones se deriva de la interpretación que hacen las personas de su propia conducta emocional, tanto de la conducta observada, como de las aferencias sobre la activación fisiológica y la expresión facial. Pero las personas también juzgan de qué manera encajan en el drama de la interacción social los diferentes roles emocionales. El mecanismo central en estos procesos son las estructuras cognitivas que dirigen la valoración de los estímulos, la organización de las respuestas y la observación de la conducta. Un *rol* es un conjunto de respuestas socialmente prescritas ante una situación dada. La conducta y la experiencia emocional de un individuo están determinadas por el significado y los requisitos del rol emocional cuando el sujeto lo está interpretando. Según Averill las emociones son *pasiones*, es decir, respuestas que se consideran fuera del control personal.

Aunque la postura de Averill se diferencia en aspectos fundamentales de los teóricos cognitivos, sigue reservando un lugar central a las valoraciones en su explicación de los fenómenos emocionales. Lo mismo se puede decir del segundo autor que queremos exponer, Rom Harré (1986, 1995; Harré y Gillet, 1994). Harré diferencia su postura teórica de evolucionistas o innatistas como Zajonc, en beneficio de constructos cognitivos como la creencia o el juicio pero, a diferencia de los cognitivistas, destaca el aspecto social y aprendido de este tipo de procesos a través de la influencia formadora del lenguaje. Ante las categorías lingüísticas, que se forman en la cultura, los fenómenos fisiológicos pasan a ocupar un lugar totalmente secundario. Intenta eliminar la tendencia esencialista de los psicólogos que, cuando investigan la emoción, creen que existe algo *ahí* que es la emoción, de la cual la palabra no es más que una representación.

Señala Harré, si existen diferentes vocabularios para las emociones, es que existen diferentes emociones. Un ejemplo que se puede aducir es el del término español «vergüenza ajena», de difícil traducción al inglés (Crespo, 1986). Pueden examinarse también las críticas a aquellos estudios sobre la universalidad de las emociones que se han llevado a cabo tomando como patrón el vocabulario inglés (Wierzbicka, 1992).

Parkinson (1996) comienza advirtiendo que, al creer que las emociones se localizan en la persona —su cuerpo o su mente— la forma de analizarlas es fisiológica o cognitiva. Al considerarlas como algo privado se considera que su expresión deriva de una sensación interna. Pero, aunque el proceso de las emociones supone procesamiento cognitivo y respuestas fisiológicas, el factor organizador procede de consideraciones sociales. Cuando alguien describe sus emociones, casi siempre las sitúa en un plano interpersonal. Según Lazarus, la condición necesaria y suficiente para la emoción es que la situación vital de la persona sea valorada como afectando de manera significativa los intereses personales. Según Parkinson ese significado se adquiere en el curso de las relaciones sociales. Frente a las teorías que consideran las emociones como expresión de estructuras neurológicas y fisiológicas, sugiere que no hay una distinción

clara entre la expresión natural de las emociones y la expresión según las normas sociales. Esas normas no residen en un mundo platónico, aislado de la conducta cotidiana. Parkinson se diferencia de Harré o Averill en que rechaza el papel central y exclusivo concedido a la valoración por las teorías cognitivas. La emoción puede ser comunicada sin necesidad de que exista cognición. Cita un estudio de Laird y Bresler (1992) sobre *contagio perceptivo*: en ciertas situaciones sociales, las expresiones son imitadas automáticamente, sin interpretar señales, y esa expresión facial y corporal lleva a la autopercepción de las mismas.

No hay razón para considerar que la introspección es un método adecuado para descubrir los antecedentes de la emoción (Parkinson y Manstead, 1992). Es más, utilizar esos métodos, habituales en los estudios cognitivos, es una manera de autoconfirmar las teorías (Parkinson y Manstead, 1993).

### Un intento de resolución

En su libro sobre la filosofía de la psicología wittgensteiniana, Malcolm Budd (1989, p.151) plantea que el objetivo principal que perseguía Wittgenstein en sus observaciones sobre la emoción era censurar la teoría de James-Lange. Lo vemos así en una observación contenida en sus últimos escritos sobre psicología (Wittgenstein, 1987, p.45), cuando acusa a la teoría de James-Lange de que las emociones son sensaciones corporales difusas, de no ser siquiera una hipótesis científica, pues está planteada de la forma «¿qué otra cosa *podría* ser?» (cf. Rodríguez Sutil, 1993). Lo mismo se podría decir de muchos teóricos cognitivos al hablar de la emoción: dan por supuesto que su causa es cognitiva, ¿qué otra cosa podría ser?

La emoción —como la intención y el deseo— es un término articulado del lenguaje y no tanto un concepto fenoménico, aunque aparezca asociada con síntomas corporales. Por tanto, las emociones no deberían aplicarse sin restricción a las criaturas sin lenguaje. Decimos, por ejemplo, que un perro teme que su dueño vaya a pegarle, pero no que le pegue mañana (Wittgenstein, 1984, I, párrafo 650). Sólo quien domina el lenguaje puede tener sentimientos relacionados con la esperanza (1984, II, p.174).

Ahora bien, si los conceptos referidos a las emociones son legítimamente aplicables a los animales, y parece que el uso así lo aconseja, tendremos que postular que la emoción engloba numerosos matices, algunos de ellos a caballo entre lo gramático y lo empírico. Lo empírico serían los síntomas corporales. Pero lo específicamente humano sería su carácter articulado. Creemos correcta la crítica de Harré y de Parkinson en cuanto a la tendencia a conceder a la emoción una entidad aparte, fuera de sus manifestaciones, en la cual parecen seguir ambos el pensamiento de Wittgenstein. Sin embargo Harré absolutiza el influjo social en el vocabulario de las emociones, como si en el ser humano no quedara nada de naturaleza. Cuando decimos que el niño sustituye, en parte, la expresión natural de dolor por la expresión lingüística, no hay ningún objeto interno «dolor» que pueda expresarse de ambas maneras. La estructura gramatical *obje-*

to/designación (*Gegenstand/Bezeichnung*) es equívoca a la hora de conceptualizar las sensaciones (Wittgenstein, 1984, párrafo 293). Pero sí hay una expresión natural de las emociones y de las sensaciones previa a la adquisición del lenguaje, aunque, una vez aprendido éste, sólo la podamos captar a través de las categorías lingüísticas. La expresión de las sensaciones o de las emociones, no debe confundirse con la observación del estado interior, ni con la *descripción* del mismo. ¿Qué es entonces lo que comunicamos al decir que tenemos tal o cual sensación, tal o cual emoción? Lo que hacemos es manifestar una parte de un proceso más complejo, en el que no sólo está implicada nuestra idea, sino nuestra persona como totalidad.

El psicólogo evolutivo ruso Lev S. Vygotski (1984; cf. van der Veer, 1987; van der Veer y Valsiner, 1991) realizó una crítica sobre la teoría de James-Lange que comparte y, al mismo tiempo, aclara algunas ideas aquí tratadas. Vygotski se plantea un ataque a la teoría mediante el análisis profundo de sus fundamentos metafísicos: el dualismo cartesiano. Descartes, en *Las Pasiones del Alma*, intenta explicar la naturaleza de las pasiones como un «filósofo natural» y comienza describiendo el proceso corporal que da lugar a la emoción. Emociones, como sensaciones, dependen de los nervios que están conectados con el cerebro y que son como pequeños tubos por los que circulan los «espíritus animales», entidades a medio camino entre lo material y lo espiritual. Cuando una persona ve un objeto amenazador, los espíritus animales de los órganos de los sentidos se desplazan hasta el cerebro, donde interactúan con el alma, a través de la glándula pineal, haciendo que los espíritus animales se dirijan a diferentes partes del cuerpo, como pueden ser los músculos.

Descartes —y James— atribuyen a las pasiones una naturaleza, valga la redundancia, «pasiva» y perceptual. El alma es un receptor pasivo, un registrador de movimientos de la glándula pineal. En la teoría de James, la emoción es la toma de conciencia de los cambios viscerales. En consecuencia, las emociones son inmutables y, en último término, *innatas*, contra toda perspectiva evolutiva (Vygotski, 1984, p.273). Respecto a las emociones, la idea más fecunda que nos presta Vygotski —y que Parkinson (1996) recoge— consiste en plantear la existencia de una evolución previa al lenguaje y otra posterior a la eclosión del mismo. Esta distinción estaría en la raíz de la separación entre emociones primarias y secundarias.

La emoción, por tanto, es un concepto intermedio entre lo empírico y lo gramático y, además, debemos afirmar que la persona actúa como totalidad en su entorno, del que forma parte. La mayoría de los teóricos mantienen la importancia adaptativa de las emociones, esta afirmación, no obstante, es cuestionable en muchos aspectos. Seguramente las emociones primarias son darwinianas (y jamesianas), con lo que queremos decir que son adaptativas y no cognitivas, como postulan Zajonc y los autores del «Programa de Expresión Facial». Las emociones secundarias, en cambio, se encuentran mediatizadas por la cultura y no son directamente adaptativas o, al menos, sería cuestionable su adaptabilidad, desde puntos de vista clínico (aberraciones comportamentales como la violencia o las drogas), ecológico (destrucción del medio), económico (desigualdades), político (guerras). Con esto nos salimos del marco de referencia exclusivamente psicoló-

gico y penetramos en terrenos movedizos y sujetos a opiniones contradictorias, pero es un paso seguramente inevitable. No sólo las creencias producen emociones sino que también las emociones producen creencias (Frijda, 1996).

Hemos señalado en varias ocasiones que el concepto central en las teorías cognitivas sobre la emoción es el de *valoración (appraisal)*, ahora vamos a argumentar que ahí se produce una confusión entre la «valoración» teórica del observador y la «valoración» subjetiva de la persona observada. Una cosa es que logremos descubrir las causas del comportamiento (su motivación) y otra es que el sujeto haya valorado esas causas (consciente o inconscientemente) y eso haya determinado la conducta. El psicólogo cognitivo se figura al ser humano como un científico cognitivo y, cuando su información introspectiva es insuficiente, postula la existencia de valoraciones automáticas y fuera de la conciencia.

Cuando Lazarus o Scherer, entre otros, postulan la existencia de universales biológicos para las emociones, aunque una cultura carezca de una palabra para expresar una emoción no quiere decir que no la experimenten, estamos tomando como marco teórico los universales lingüísticos de Chomsky (1983, 1986) y el lenguaje del pensamiento de Fodor (1975) que tanta influencia ejercen en la psicología actual. Chomsky (1983, p.40) confiesa su sospecha de que la parte central de lo que llamamos «aprendizaje» consiste en el desarrollo de estructuras dirigido internamente, con el efecto activante, y sólo parcialmente formativo del medio ambiente. Rivière (1987, p.72) ha cuestionado, en referencia a Chomsky: «¿Cómo puede *aprender* un sistema dotado de algoritmos fijos de computación? ¿Cómo es posible que se incremente el poder representacional de esos algoritmos?». Se nos ocurre preguntar: ¿Saben los universales lingüísticos la emoción que produce un vino con un *bouquet* elegante, muy varietal en nariz, con aromas vegetales y de bosque umbrío?

Una emoción (cognitiva) es una evaluación en pro o en contra de un estado de cosas, que está causada por creencias, y que está conectada semánticamente con sus contenidos (Reisenzein y Schönplflug, 1992). Esta es la concepción de la *intencionalidad* según la construyeron filósofos como Brentano, Husserl y Stumpf (véase McIntyre, 1990; así como el volumen compilado por Dreyfus, 1982). Si deseamos, percibimos, creemos, amamos u odiamos siempre es a *algo*. Los filósofos contemporáneos entienden que los estados intencionales son representaciones, con propiedades *semánticas*, es decir, representan algo o se refieren a algo en el mundo (p. ej. Fodor, 1984). Reisenzein y Schönplflug (1992) están de acuerdo con Fodor en que tanto las emociones como sus elementos internos son estados representacionales mentales, lo que supone que existe un sistema interno de representaciones. Este es, a nuestro entender, el error de la psicología cognitiva. Parten del hecho cierto de que existe un lenguaje interior –aprendido como una habilidad más durante el desarrollo y con ventajas adaptativas– para poner el acento de las investigaciones en ese interior, con lo que pierden de vista la auténtica perspectiva de la psicología, que es la mente como contexto pragmático interpersonal, como comportamiento significativo. Sugerimos que las emociones no son simplemente una disposición para la acción (Frijda), sino que acompañan a la acción misma (o a su inhibición) y no pueden distinguirse de ella.

Leemos en Lazarus (1991) que los tahitianos pueden experimentar tristeza, aunque sólo la puedan verbalizar, de manera metafórica, como dolor, pues los significados emocionales son, según él, fundamentales, y todos hemos experimentado los *temas relacionales centrales* para las emociones, características de la vida social humana. En su opinión los niños son capaces de experimentar emociones y captar sus reglas, aunque no sean capaces de verbalizarlas. Pues, dice, las emociones no son trucos verbales (*verbal tricks*) sino «reacciones a significados relacionales fundamentales que poseen un valor adaptativo en nuestra vida» (1991, p. 826). Sin embargo, cuando en el mismo artículo describe los mecanismos cognitivos del enfado, nos pone en guardia frente a considerar que el proceso de la emoción sea el mismo en bebés y en niños pequeños (o en animales infrahumanos) que en adultos. Esto no debe hacernos pensar, según él, en una versión exclusivamente adulta de la valoración, como reflexión deliberada. El niño, afirma, es capaz de un sentido primitivo de la propia identidad, sentido psicobiológico que hasta las plantas poseen. Lo único que no le concede es la capacidad de censura, pero el niño percibe la ofensa, aunque sea de forma rudimentaria. Este proceso que observamos en Lazarus no deja de resultar llamativo. Al considerar que lo primario en la emoción, y en todas las funciones psicológicas, es la cognición, se postula la existencia de la conciencia (y del inconsciente) y su derivado imprescindible, la autoconciencia. Eso le obliga a postular, ineludiblemente, la autoconciencia en el infante y en los organismos infrahumanos, so pena de reconocer que carecen de emociones, cosa evidentemente falsa. Todo por evitar la conclusión lógica, pero menos popular en los ambientes científicos actuales –es decir, cognitivos– de que las emociones son previas a la cognición. Como ya advertían Fernández Dols y Ortega (1985), parece que Lazarus usa la cognición para explicar la emoción pero, al final, lo único que se estudia es la cognición, como ocurría con las explicaciones fisiologistas. Reisenzein y Schönplflug (1992) –citando a Stumpf– sugieren que las cogniciones relevantes para las emociones son, en principio, independientes del lenguaje, aunque la diferenciación que proporcionen sea relativamente cruda (positivo/negativo). Y afirman: esto es evidente salvo que se tengan fuertes prejuicios conductistas. Sin embargo, esas reacciones no evaluativas, cuando su existencia es aceptada por los cognitivistas, se rechazan como auténticas emociones.

¿Existen emociones no intencionales? Seguramente las emociones primitivas no son intencionales (susto, ataque, huida, aproximación) aunque posean causas externas e internas. Pero también se pueden encontrar emociones socialmente avanzadas no intencionales. Kupperman (1995) pone los ejemplos del gozo (p. ej. con la música) y el éxtasis. Se puede decir que estas reacciones no son emociones, sino estados de ánimo, pero esto –a nuestro parecer– se asemeja en exceso a un razonamiento circular: sólo es emoción si se refiere a algo. Además, aunque la cognición sea importante, hay otros caminos para provocar o controlar la emoción, como la relajación y las drogas psicoactivas (Scherer, 1993).

Cuando Frijda (1993) reconoce que la valoración antecedente de la emoción no siempre es la que el sujeto identifica por introspección, entra en un razonamiento cercano a las interpretaciones (psicoanalíticas o cognitivas) sobre el inconsciente. Este es uno de los mayores riesgos de confusión de la psicología

cognitiva actual. Se habla de valoración consciente e inconsciente como si fueran el mismo fenómeno, sólo que el segundo es inconsciente. En realidad no son el mismo fenómeno, sino cosas muy diferentes. La valoración consciente es un elemento más del comportamiento: el sujeto nos comenta por qué hace o siente algo. La «valoración inconsciente» es inferida por nosotros y es una teoría causal sobre el comportamiento, aunque en ocasiones coincide con el informe verbal. Y esa causa no está dentro de la mente subjetiva del individuo sino en su medio humano. Es a los acontecimientos –antecedentes y consecuentes– adonde tenemos que mirar si queremos explicarnos el comportamiento. Análisis que no es, principalmente, de tipo físico, sino del contexto pragmático interpersonal. Es el significado compartido por los grupos humanos en los que se mueve la persona, de los cuales ella es consciente sólo en una pequeña parte. El inconsciente es colectivo (pero no innato).

Respecto a la racionalidad o no de las emociones, Watts (1992) muestra su acuerdo con Averill (1974) en que la separación entre emoción y razón es una herencia del dualismo filosófico entre razón y pasión, con el que están en desacuerdo. Los psicólogos cognitivos defienden que el fondo de las emociones es básicamente racional. Por ejemplo Lazarus (Lazarus y Lazarus, 1994) mantiene que aunque el juicio del que partan sea erróneo o loco, las emociones siguen una lógica implacable. Pero, si todo es razón, para qué necesitamos las emociones. Watts (1992), sin embargo, supera este riesgo, tras reconocer que la racionalidad no se ajusta bien a todos los casos –como es el razonamiento heurístico puesto en evidencia por Johnson-Laird y Wason (1997)– y advierte que el mejor camino es valorar la adecuación o inadecuación de una emoción concreta. Con lo que Watts está dando una explicación contextual, externa al individuo, y logra escapar del dilema.

Nos podríamos plantear el razonamiento inverso. Puesto que no existe la «fría cognición», por qué no suponer que la cognición no es lo primario, sino un derivado de la emoción (la emoción llevada por otros caminos) y, en un escalón más profundo, de la pasión. Esta imagen es, desde luego, heredera de aquella que utilizaba Freud en la que la conciencia no era más que la punta del iceberg psíquico, cuya casi totalidad se halla sumergida en lo inconsciente.

Los términos que utilizamos para referirnos a las emociones son «etiquetas» culturalmente asignadas a aspectos del comportamiento, al que también moldean. Esos aspectos son:

(a) *Corporales*: expresión facial, movimientos (p. ej. temblores), acciones complejas (p. ej. golpear).

(b) *Verbales*: expresiones que el niño y el adulto aprenden asociadas con los aspectos de (a); son juegos de lenguaje (*Sprachspiele*) en los que se incluyen expresiones del tipo: «estoy triste», «me siento mal», «te voy a pegar»; y los más cercanos a las emociones: «estoy/estás enfadado», «estoy/estás alegre», etc.

Desde nuestra experiencia clínica, y a partir de la influencia de las ideas centrales del psicoanálisis, entendemos que existen dos motivaciones básicas: agresión y sexualidad. Las representaciones más culturales de estas motivaciones son el *afecto positivo* (enamoramamiento) y el *afecto negativo* (odio). Ambas motivaciones pueden ser tomadas como dimensiones bipolares, lo que nos da las cuatro combinaciones de la Figura 1.

	<i>Aversión</i>	<i>Atracción</i>
<i>Sexualidad</i>	Evitación (asco)	Emparejamiento (amor)
<i>Agresión</i>	Huida (miedo)	Ataque (odio)

Figura 1.

Proponemos que las cuatro emociones que aparecen entre paréntesis, que acompañan a los cuatro comportamientos, sean aceptadas como emociones primitivas.

Ya, para terminar, queremos presentar el siguiente razonamiento a modo de silogismo:

1. La cognición depende del lenguaje. Existe resolución de problemas sin lenguaje (la rata en el laberinto) pero en esos casos no podemos decir que exista representación interna, es decir, cognición.

2. Los animales y las personas muestran emociones aunque, obviamente, existen algunas diferencias.

3. Conclusión: no podemos decir que la cognición sea el fundamento de la emoción.

La conclusión enunciada postula que la cognición es sólo humana. La otra alternativa posible sería mantener que la emoción no es humana. La primera opción es problemática, la segunda parece rechazable de todo punto. La tercera opción sería mantener que ninguna diferencia cualitativa nos separa de los animales.

Aunque la emoción posea una faceta lingüística y otra no lingüística, que tal vez aconsejaría utilizar dos términos distintos, quizá sea adecuado mantener el mismo concepto básico para ambas; además, la primera faceta es un añadido cultural sobre la segunda. Las emociones son el sustituto natural de los instintos en los animales superiores (Epstein, 1983). Las emociones dan lugar a tendencias adaptativas amplias, no a conductas concretas. En la Figura 2. intentamos sintetizar nuestra postura.

	<i>Lenguaje</i>	<i>No lenguaje</i>
<i>Emoción</i>	Emociones culturales	Emociones primitivas (instintos)
<i>Cognición</i>	Pensamiento	¿Reflejos?

Figura 2.

Las explicaciones cognitivas usuales no se contentan con explicar la función que el comportamiento de un organismo desempeña en su medio, sino que los teóricos buscan en el interior de los organismos la explicación de dicho comportamiento. Como toda explicación es racional, esos mecanismos internos postulados también deben serlo, a despecho de toda evidencia que muestre lo contrario. El proceso no se puede detener ahí, sino que la coherencia argumentativa les lleva a perpetuar al infinito la racionalidad, a los organismos inferiores y a la naturaleza en su conjunto.

## REFERENCIAS

- Arnold, M. B. (1960). *Emotions and Personality* (2 vols.). New York: Columbia University Press.
- Averill, J. R. (1974). An analysis of psychophysiological symbolism and its influence on theories of emotion. *Journal for the Theory of Social Behavior*, 4, 147-190.
- Averill, J. R. (1983). Studies on anger and aggression: Implications for theories of emotion. *American Psychologist*, 38, 1145-1160.
- Averill, J. R. (1990). Emotions in Relation to Systems of Behavior. En N. L. Stein, B. Leventhal & T. Trabasso. (Comps.) (1990), *Psychological and Biological Approaches to Emotion*. Hillsdale, NJ.: Lawrence Erlbaum.
- Averill, J. R. (1992). The structural bases of emotional behavior: A metatheoretical analysis. En M. S. Clark (Comp.), *Emotion*. Newbury Park, CA.: Sage.
- Berkowitz, L. (1978). Do we have to believe we are angry with someone in order to display «angry» aggression toward that person? En L. Berkowitz (Comp.), *Cognitive Theories in Social Psychology: Papers from Advances in Experimental Social Psychology*. New York: Academic Press.
- Budd, M. (1989). *Wittgenstein's Philosophy of Psychology*. London: Routledge.
- Cannon, W. B. (1927). The James-Lange theory of emotions. A critical examination and an alternative theory. *American Journal of Psychology*, 39, 106-124.
- Chomsky, N. (1983). *Reglas y Representaciones*. México: FCE (Orig. 1980).
- Chomsky, N. (1986). *Knowledge of Language. It's nature, origin and use*. New York: Praeger.
- Costa, P. T. & McCrae, R. R. (1980). Influence of extraversion and neuroticism on subjective well-being: Happy and unhappy people. *Journal of Personality and Social Psychology*, 38, 668-678.
- Costa, P. T. & McCrae, R. R. (1992a). Four Ways Five Factors are Basic. *Personality and Individual Differences*, 13, 653-665.
- Costa, P. T. & McCrae, R.R. (1992b). Normal Personality Assessment in Clinical Practice: The NEO Personality Inventory. *Psychological Assessment*, 4, 5-13.
- Crespo, E. (1986). A regional variation: Emotions in Spain. En R. Harré (Comp.), *The Social Construction of Emotions*. Cambridge: Blackwell.
- Damasio, A. R. (1996). *El error de Descartes*. Barcelona: Crítica (Orig. de 1994).
- Darwin, C. (1873/1984). *La expresión de las emociones en los animales y en el hombre*. Madrid: Alianza.
- Depue, R. A. (1996). A neurobiological framework for the structure of personality and emotion; Implications for personality disorders. En J. F. Clarkin & M. F. Lenzenweger (Comps.), *Major Theories of Personality Disorder*. New York: Guilford.
- Descartes, R. (1977). *Meditaciones metafísicas. Con objeciones y respuestas*. Traducción de Vidal Peña. Madrid: Alfaguara.
- Descartes, R. (1972). *Las pasiones del alma*. Barcelona: Península.
- Diener, E., Larsen, R. J., Levine, S. & Emmons, R.A. (1985). Intensity and frequency: Dimensions underlying positive and negative affect. *Journal of Personality and Social Psychology*, 48, 1253-1265.
- Dreyfus, H. L. (Comp.) (1982). *Husserl Intentionality and Cognitive Science*. Cambridge (Mass.): MIT Press.
- Ekman, P. (1993). Facial Expression and Emotion. *American Psychologist*, 48, 384-392.
- Ekman, P. (1994). Strong evidence for universals in facial expressions: A reply to Russell's mistaken critique. *Psychological Bulletin*, 115, 268-287.
- Ekman, P. & Friesen, W. V. (1971). Constants across cultures in the face and emotions. *Journal of Personality and Social Psychology*, 17, 124-129.
- Ekman, P., Friesen, W. V. & Ancoli, S. (1980). Facial Signs of Emotional Experience. *Journal of Personality and Social Psychology*, 39, 1125-1134.

- Ekman, P., Friesen, W. V., O'Sullivan, M. & Scherer, K. R. (1980). Relative importance of face, body, and speech in judgements of personality and affect. *Journal of Personality and Social Psychology*, 38, 270-277.
- Ekman, P. & Oster, H. (1979). Facial Expression of Emotion. *Annual Review of Psychology*, 30, 527-554.
- Epstein, S. (1997). This I Have Learned from Over 40 Years of Personality Research. *Journal of Personality*, 65, 3-32.
- Fernández Dols, J.M. y Ortega, J. E. (1985). Los niveles de análisis de la emoción: James, cien años después. *Estudios de Psicología*, 21, 35-56.
- Fernández-Dols, J. M. & Carroll, J. M. (1997). Is the meaning perceived in facial expression independent of its context? En J. A. Russell & J. M. Fernández-Dols (Comps.), *The Psychology of Facial Expression*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Fodor, J. A. (1984). *El lenguaje del pensamiento*. Madrid: Alianza (Orig. 1975).
- Fodor, J. A. (1986). *La modularidad de la mente*. Madrid: Morata (Orig. de 1984).
- Frijda, N. (1986). *The emotions*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Frijda, N. (1987). Comment on Oatley and Johnson-Laird's «Towards a Cognitive Theory of Emotions». *Cognition and Emotion*, 1, 51-58.
- Frijda, N. (1988). Las leyes de la emoción. En M. D. Avia y M. L. Sánchez Bernardos (Comps.) (1995), *La Personalidad. Aspectos cognitivos y sociales*. Madrid: Pirámide.
- Frijda, N. (1993). The place of appraisal in emotion. *Cognition and Emotion*, 7, 357-387.
- Frijda, N. (1995). Expression, emotion, neither, or both. *Cognition and Emotion*, 9, 617-635.
- Frijda, N. (1996). Passions: Emotion and socially consequential behavior. En R. D. Kavanaugh, B. Zimmerman & S. Fein (Comps.), *Emotions. Interdisciplinary Perspectives*. Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum.
- Gilboa, E. & Revelle, W. (1994). Personality and the structure of affective responses. En S. H. M. Van Goozen, N. E. Van de Poll & J. A. Sergeant (1994), *Emotions: Essays on Emotion Theory*. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum.
- Gray, J. A. (1987). *The Physiology of Fear and Stress*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gray, J. A. (1994). Framework for a taxonomy of psychiatric disorder. En S. H. M. Van Goozen, N. E. Van de Poll & J. A. Sergeant (Eds.), *Emotions: Essays on Emotion Theory*. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum.
- Harré, R. (1986). An outline of the social constructionist viewpoint. En R. Harré (Comp.), *The Social Construction of Emotions*. Cambridge: Blackwell.
- Harré, R. (1995). Discursive Psychology. En J. A. Smith, R. Harré & L. Van Langenhove (Comps.), *Rethinking Psychology*. London: Sage.
- Harré, R. & Gillet, G. (1994). *The Discursive Mind*. Thousand Oaks, California: SAGE.
- Izard, C. E. (1977). *Human Emotions*. New York: Plenum Press.
- Izard, C. E. (1997). Emotions and facial expressions: A perspective from Differential Emotions Theory. En J. A. Russell & J. M. Fernández-Dols (Eds.), *The Psychology of Facial Expression*. Cambridge: Cambridge University Press.
- James, W. (1884). ¿Qué es una emoción? *Estudios de Psicología*, 21, 57-73, 1985.
- Johnson-Laird, P. N. & Oatley, K. (1989). The language of emotions: An analysis of a semantic field. *Cognition and Emotion*, 3, 81-123.
- Johnson-Laird, P. N. & Wason, P. C. (1977). *Thinking. Readings in Cognitive Science*. Cambridge: Cambridge University Press. (Especialmente el capítulo 7. «Self-contradictions», de P.C. Wason.)
- Laird, J. D. & Bresler, C. (1992). The process of emotional experience: A self-perception theory. En M. S. Clark (Comp.), *Review of Personality and Social Psychology* (pp. 213-234) (vol. 13. ). Newbury Park, CA: Sage.
- Lang, P. J. (1995). The emotion probe. *Studies of Motivation and Attention. American Psychologist*, 50, 372-385.
- Larsen, R. J. (1988). A process approach to personality psychology: Utilizing time as a facet of the data. En D. M. Buss & N. Cantor (Comps.), *Personality Psychology: Recent Trends and Emerging Directions*. New York: Springer Verlag.
- Larsen, R. J. & Diener, E. (1987). Affect intensity as individual differences characteristic: A review. *Journal of Research in Personality*, 21, 1-39.
- Larsen, R.J., Diener, E. & Emmons, R. A. (1986). Affect intensity and the reactions to daily life events. *Journal of Personality and Social Psychology*, 51, 803-814.
- Larsen, R. J. & Ketelaar, T. (1991). Personality and susceptibility to positive and negative emotional states. *Journal of Personality and Social Psychology*, 61, 132-140.
- Lazarus, R. S. (1984). On the primacy of cognition. *American Psychologist*, 39, 124-129.
- Lazarus, R. S. (1991). Progress on a Cognitive-Motivational-Relational theory of emotion. *American Psychologist*, 46, 819-834.
- Lazarus, R. S. & Lazarus, B. N. (1994). *Passion and reason: making sense of our emotions*. Oxford: Oxford University Press.

- LeDoux, J. E. (1989). Cognitive-emotional interactions in the brain. *Cognition and Emotion*, 3, 267-289.
- LeDoux, J. E. (1993). Cognition versus emotion, again – This time in the brain: A response to Parrot and Schulkin. *Cognition and Emotion*, 7, 61-64.
- Leventhal, H. (1984). A perceptual-motor theory of emotion. En L. Berkowitz (Comp.), *Advances in Experimental Social Psychology*. New York: Academic Press.
- Mandler, G. (1975). *Mind and Emotion*. New York: Wiley and Sons.
- Mandler, G. (1980). The generation of emotion. A psychological theory. En R. Plutchik & H. Kellerman (Comps.) (1982), *Emotion: Theory, research, and experience* (vol. 1). New York: Academic Press.
- Marshall, G. D. & Zimbardo, P. G. (1979). Affective consequences of inadequately explained physiological arousal. *Journal of Personality and Social Psychology*, 37, 970-988.
- Marañón, G. (1924). Contribución al estudio de la acción emotiva de la adrenalina. *Estudios de Psicología*, 21, 75-89, 1985.
- McIntyre, R. (1990). Husserl and the representational theory of mind. En J.-C. Smith (Comp.), *Historical Foundations of Cognitive Science*. Dordrech: Kluwer Academic Press.
- Oatley, K. & Johnson-Laird, P. N. (1987). Towards a cognitive theory of emotion. *Cognition and Emotion*, 1, 29-50.
- Parkinson, B. (1996). Emotions are social. *British Journal of Psychology*, 87, 663-683.
- Parkinson, B. & Manstead, A.S.R. (1992). Appraisal as a cause of emotion. En M.S. Clark (Comp.), *Emotion*. Newbury Park, CA.:Sage.
- Parkinson, B. & Manstead, A. S. R. (1993). Making sense of emotion in stories and social life. *Cognition and Emotion*, 7, 295-323.
- Parrot, W. G. & Schulkin, J. (1993). Neuropsychology and the cognitive nature of the emotions. *Cognition and Emotion*, 7, 43-59.
- Pervin, L. A. (1998). *La ciencia de la personalidad*. McGraw-Hill: Madrid (Orig. de 1996). (Capítulo 10 «Emoción, adaptación y salud».)
- Plutchik, R. (1991). *The Emotions*. New York: University Press.
- Reizenzein, R. (1983). The Schachter theory of emotions: two decades later. *Psychological Bulletin*, 94, 239-264.
- Reizenzein, R. & Schöpflung, W. (1992). Stumpf's Cognitive-Evaluative Theory of Emotion. *American Psychologists*, 47, 34-45.
- Rivière, A. (1987). *El sujeto de la psicología cognitiva*. Madrid: Alianza.
- Rodríguez Sutil, C. (1993). El problema mente-cuerpo, un ensayo de psicología wittgensteiniana. *Estudios de Psicología*, 49, 107-120.
- Russell, J. A. (1997). Reading emotions from and into faces: Resurrecting a dimensional-contextual perspective. En J.A. Russell & J.M. Fernández-Dols (Comps.), *The Psychology of Facial Expression*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Russell, J. A. & Fernández-Dols, J.M. (Comps.) (1997). *The Psychology of Facial Expression*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Schachter, S. (1978). Second thoughts on biological and sociological explanations of behavior. En L. Berkowitz (Comp.), *Cognitive Theories in Social Psychology: Papers from Advances in Experimental Social Psychology*. New York: Academic Press.
- Schachter, S. & Singer, J. (1962). Cognitive, social and physiological determinants of emotional state. *Psychological Review*, 59, 379-399.
- Scherer, K. S. (Comp.) (1986). *Facets of Emotion. Recent Research*. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum.
- Scherer, K. S. (1993). Neuroscience projections to current debates in emotion psychology. *Cognition and Emotion*, 7, 1-41.
- Scherer, K. R. (1997). Profiles of emotion-antecedent appraisal: Testing theoretical predictions across cultures. *Cognition and Emotion*, 11, 113-150.
- Scherer, K. R., Wallbott, H. G. & Summerfield, A.B. (1988). *Experiencing emotion. A cross-cultural study*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Skinner, B. F. (1950). Are Theories of Learning Necessary? *Psychological Review*, 57, 193-216.
- Thayer, R. E. (1989). *The Psychobiology of Mood and Arousal*. New York: Oxford University Press.
- Tomkins, S. S. (1962). *Affect, imagery, consciousness* (vol. 1). *The positive affects*. New York: Springer Verlag.
- Van der Veer, R. (1987). El dualismo en psicología: Un análisis vygotkiano. En M. Siguan (Ed.), *Actualidad de Lev S. Vygotski*. Barcelona: Anthropos.
- Van der Veer, R. & Valsiner, J. (1991). *Understanding Vygotsky*. Oxford: Blackwell. Capítulo 14. «Emotions: In Search of a New Approach».
- Vygotsky, L. S. (1984). *Sobranie socinenij*. Moscú: Pedagógica. Citado por van der Veer (1987).
- Watts, F. N. (1992). Applications of current cognitive theories of the emotions to the conceptualization of emotional disorders. *British Journal of Clinical Psychology*, 31, 153-167.

- Weiner, B. (1985). An attributional theory of achievement, motivation and emotion. *Psychological Review*, 92, 548-573.
- Weiner, B. (1990). La atribución en Psicología de la Personalidad. En M. D. Avia y M. L. Sánchez Bernardos (Comps.) (1995), *La personalidad. Aspectos cognitivos y sociales*. Madrid: Pirámide.
- Wierzbicka, A. (1992). *Semantics, Culture, and Cognition. Universal human concepts in culture-specific configurations*. Oxford: Oxford University Press.
- Wittgenstein, L. (1988). *Philosophical Investigations*. Oxford: Basil Blackwell, 1984. Edición bilingüe alemán-español de Alfonso García Suárez y Ulises Moulines *Investigaciones Filosóficas*; Barcelona: Crítica (Orig. 1945-49).
- Wittgenstein, L. (1980). *Remarks on the Philosophy of Psychology*. Oxford: Basil Blackwell (Orig. 1945-49).
- Zajonc, R. B. (1980). Feeling and thinking: preferences need no inferences. *American Psychologist*, 35, 151-175.
- Zajonc, R. B. (1994). Emotional Expression and Temperature Modulation. En S. H. M. Van Goozen, N. E. Van del Poll & J. A. Sergeant (Comps) (1994), *Essays on Emotion Theory*. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum.
- Zuckerman, M. (1991). *Psychobiology of Personality*. New York: Cambridge University Press.

